



ARENITAS DE ORO

Colección de consejos para santificación y bienandanza de la vida.

Sembremos buenos pensamientos, y recogeremos buenas acciones.

I

Gracioso medio de curación.

I

El doctor Frantz es un anciano muy amable, muy sencillo, muy dulce, de aspecto listo y sonrisa maliciosa; enteramente un buen hombre.

Una vez fué llamado á casa de una dama encofetada que se moría... *de fastidio*. Tenía ella veinticinco años, cincuenta mil libras

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

de renta, y con todo esto cierta extraña palidez y un sinsabor que nada podía alejar de ella.

—¡Oh, doctor!—exclamó al verle entrar.—
Hace ocho días que espero á Ud. como á un salvador.

—Bien, bien; así vengo, como un salvador,—respondió el doctor sonriendo;—y como salvador la voy á curar al momento.

—Pero falta que diga á Ud. mi enfermedad.

—¿Acaso no la veo?—añadió el malicioso anciano, arrojando una mirada sobre las mil superfluidades que llenaban de estorbos la pieza en que se hallaban.—Déjeme usted obrar. Yo comienzo siempre por curar la parte moral: *limpiar de un mal instinto, sangrar una pasión, extirpar un mal humor*; y después administro en grandes dosis las resoluciones generosas, los buenos sentimientos, las privaciones, el trabajo y la caridad.

Mi código es el Evangelio, y mis principios la pureza del alma, la ocupación de manos y de espíritu, y la abnegación práctica del corazón.

La enferma, abriendo desmesuradamente los ojos, trataba de sonreirse; pero esta sonrisa forzada decía: ¿Se burla Ud. de mí, doctor?

El doctor, como si no lo comprendiese, se sentó cerca de ella y le dijo:

—¿Quiere Ud. que le refiera una de mis curaciones antes de ocuparme de la de Ud.?

2

Conoce Ud. á la señora ***, una de las más dichosas, y puedo decir que de las más saludables señoras cuya amistad Ud. cultiva.

Hace diez años, tenía entonces diecisiete, era una encantadora niña, á quien el cariño paterno rodeaba de comodidades y de lujo.

Sin embargo, poco á poco fué poniéndose pálida, triste, marchita, y la Medicina, llamada en su alivio, acabó por decir como siempre que no comprende una enfermedad: *es nervioso*.

Llamado por su padre, que con lágrimas en los ojos me conjuraba para salvar á su hija, fui introducido en un delicioso cuartí-

to, cubierto de finas colgaduras de muselina blanca, y que ofrecía á mis ojos todo lo que podía halagar la imaginación de una joven.

La pobre niña, pálida como marmórea estatua, estaba tendida sobre un canapé, con los ojos medio cerrados, la cabeza inclinada, indiferente á todo, aun á la brisa de la primavera, aun al rayo de sol que le sonreía al través de la ventana entreabierta.

Me tendió la mano, y me sentí movido á compasión viendo á aquella niña que se dejaba morir sin quejas, sin pesar, sin dolor, teniendo sólo diecisiete años, siendo tan feliz, tan rica, tan amada.

3

Adiviné el mal, sí, señora; esa paloma padecía en su jaula dorada porque era *demasiado feliz*.

A su alma faltaba alimento, á su inteligencia luchas. Moría por falta de un obstáculo que vencer y por falta de actividad. Se consumía lentamente porque para nada se creía

útil y carecía de objeto á que consagrarse.

Así son todas las almas grandes... Las almas vulgares se arrojan á la sensualidad y al egoísmo...; no tienen por qué sufrir.

—¡Señorita,—le dije,—¿puede Ud. improvisar un tocado que le permita ir á todas partes y que esté listo en cinco minutos?

—Pero ¿para qué, señor?

—¿Para qué? Pues para salir conmigo.

—¿Con Ud? ¿Y adónde?

—Es mi secreto.

La curiosidad produjo en ella el primer destello de vida. Para decidirla le dije en voz baja:

—Va en ello la vida de su padre de Ud.

Salí, trayendo á su padre en pos de mí, que me miraba con fijeza.

—Explicáos.

—No,—respondí yo;—mas para salvarla la necesito dos horas todas las mañanas.

—Pero ella no querrá; tiene horror al paseo.

—Esperad, he aquí la respuesta.

Y Jenny apareció radiante de gozo.

Subimos en el coche, y yo la llevé á *las casas de mis pobres*.

4

En ellas, puedo asegurarlo, había con qué interesarla, conmoverla, hacerla vivir, y yo había adivinado perfectamente el corazón de aquella noble y generosa niña.

En la primera casa donde nos detuvimos, tuve que sostenerla hasta el quinto piso; subió sola á la segunda bohardilla, y á la tercera se me adelantó.

Sus mejillas tenían un color que hacía mucho tiempo no había aparecido en ellas; y cuando los niños le besaban la mano, cuando las pobres madres le daban las gracias, lloraba de contento. Yo veía al alma desplegar su vida.

5

El tiempo volaba.

—Volvamos,—le dije.

—¡Tan pronto!—me respondió. —Hasta mañana, ¿no es verdad, señor doctor?

—Sí, señorita; hasta mañana.

Pasó la tarde en buscar entre la ropa blanca de su uso alguna que dar, y durante la comida, su padre lloraba de alegría al mirarla; jamás la había visto tan lozana y tan radiante.

Buena y piadosa niña, sentíase útil, se apasionaba por el bien. Reanimada por la caridad y por la ocupación, se había salvado.

6

El doctor se detuvo; la joven enferma le tendió la mano sonriendo:

—Os he comprendido,—le dijo;—venid á buscarme desde mañana.

II

En el camino de la vida.

No va solo en el camino que la tempestad ha devastado y que infestan los ladrones el viajero obligado á pesar suyo á caminar, y á caminar siempre.

Él mira, él llama, él espera, y cuando por el camino pasa alguna tropa, júntase á ella, y vedle ya caminando con calma y seguridad.



Viajero para ese país que se llama *la eternidad*; viajero impulsado siempre hacia adelante por un poder misterioso, al que nada resiste en el camino desconocido de la vida, que al principio se muestra luminoso, y luego poco á poco se oscurece por las nubes, que se engruesan más y más, llama, busca *un compañero de camino*.

Hay uno que responde siempre.

Es Dios.

¡Ah! Cuando en cada mañana lo hayas llamado por la oración, y por decirlo así hayas puesto tu mano en su mano; cuando sobre todo le hayas unido á ti por ese acto divino que se llama la sagrada Comuni3n, *camina en paz*.

III

Ciencia de alejar de sí el mal humor.

I

El mal humor es la inquietud que carcome, es la atm3sfera negra que envuelve al alma, es la espina que, hincada en el coraz3n, le hace sangre; pues bien, est3 en nuestro poder arrojar esta inquietud, disipar esa nube, arrancar esta espina.

Alejar el mal humor es sacudirse los fastidios; pasar como sobre ascuas sobre algunas impresiones enojosas que una tendencia inexplicable de nuestra alma nos impele á estudiar en sus causas y en las consecuencias que pueden tener, y que bajo nuestra mirada escrutadora toman proporciones y formas agobiantes.

Alejar el mal humor es pensar mucho en los dem3s para hacerles agradable la vida y ocuparse poco de sí mismo. Es pensar con esp3ritu de recogimiento en las alegrías que Dios nos envía, contar algunas veces las pequeñas

dichas del día de ayer, y procurar multiplicarlas en el día de hoy. Es dejarse buenamente regocijar por la felicidad de los otros, y no cerrar el alma á ninguna de las ideas dulces, graciosas, amorosas que Dios siembra con tanta profusión en derredor nuestro.

Alejar el mal humor es mantenerse contento, no con esa alegría que huye sin cesar del trabajo, que busca el ruido ó la satisfacción de los sentidos, sino con esa alegría tranquila que se halla al abandonarse á la Providencia, esperando pacientemente el fin de la prueba, seguros de que el resultado será bueno, y en dejar al amor de nuestro Padre celestial el cuidado del porvenir y la custodia del presente.

Alejar el mal humor es tener un trabajo bien determinado; trabajo de todas las horas que no nos agobie demasiado, que ocupe nuestro espíritu y nuestras manos, que nos atraiga cierto encanto, que aun nos halague un poco y nos haga esperar una palabra animadora.

2

¿Queréis que os diga algo más preciso?

No os empeñéis en saber muchas noticias.— Las nuevas son ordinariamente como las mercancías compradas en la intimidad: que sale una buena por diez malas. Mientras menos se sabe lo que pasa, menos nos acometen la turbación ó el mal humor.

Toda *nueva* es una piedra arrojada en las tersas aguas de un lago; podrá quizá no turbarlas, pero siempre las agitará, y el agua agitada no refleja ya el cielo con toda su pureza.

Después de una noticia que nos ha conmovido ó simplemente distraído, cuesta mucho reanudar el trabajo; se hace un vacío difícil de llenar, y el recogimiento del espíritu, y sobre todo de la oración, es muy difícil volverlo luego á encontrar. Y, sin embargo, el trabajo y la oración son los dos primeros elementos de la alegría verdadera.

A las *noticias*, bajo cualquier forma que se

presenten, *libros, periódicos, novelas, etc.*, se puede aplicar este axioma: *Que si es hermoso saberlas, es bueno ignorarlas.*

Caminad, pues, por vuestro corto camino cumpliendo vuestra ordinaria tarea, que se compone de ligeros trabajos, de breves alegrías y de pequeños dolores, sin interrumpirla para mirar ó para escuchar; y al llegar la noche no tendréis ni que sondear las llagas de vuestro corazón, ni que curar las heridas de vuestra alma, ni que calmar las agitacione de vuestro espíritu, y vuestro sueño será dulce bajo el amparo de Dios.

-95-

Esperad todos los días alguna decepción, pero sonreid siempre á la esperanza.

Experimentar decepciones en la vida, no debe admirarnos más que dar un paso en falso en un camino desconocido y tenebroso. El alma á quien el hábito de cumplir su deber ha hecho fuerte, encuentra en sí misma recursos suficientes para consolarse de las decepciones que la entristecen, y para repo-

nerse de las violentas sacudidas que por un momento la habían hecho vacilar.

Sufrir un dolor físico es una consecuencia de nuestra organización; sufrir un dolor moral es una consecuencia de nuestra posición de desterrados que caminan hacia la patria en donde no habrá ni decepción, ni separación, ni dolor.

Estos dolores, los dolores morales sobre todo, pueden arrancar lágrimas; no son capaces de quitar la calma y la resignación, ni de traer consigo el mal humor; porque el mal humor es la perturbación, es la turbación, es el aniquilamiento, es el abandono del deber. ¡Cómo! Yo sé que el dolor que en este instante me desgarrar ha sido medido por Dios; que él tiene la misión de curar llagas que tal vez me son desconocidas, y que quizá me darían la muerte; yo sé que el dolor ha sido preparado en el cielo... ¿y lo rechazaré como importuno y cruel?

— ¡Oh dolores! ¡Oh humillaciones, que os mostráis tan terribles y tan agobiadoras! —

exclamaba un Santo en un cántico que su corazón, ardiendo en amor, hacía subir hacia el cielo.—¡Oh dolores! ¡Oh humillaciones! ¿De dónde venís?

—Venimos de Dios.

—¿De Dios? ¡Ah! Sed bien venidos: dolores, humillaciones, ¡yo os amo!

Sin esperanza y sin amor, estas palabras no pueden ser comprendidas.

IV

París bien vale una Misa.

Esta palabra, verdadera blasfemia, ¿ha sido pronunciada por ese príncipe tan franco, tan leal, tan *de una pieza todo*, á quien los franceses llamaban, no ha mucho tiempo aún, *nuestro Enrique*?

No; él no lo ha dicho, y la historia no podrá colocarla entre tantas otras palabras que asegura haber salido de sus labios.

Pero no es éste el lugar de discutir, sino sencillamente el de explicar.

—x—

No; París no vale una Misa.

París es un alineamiento de palacios, un museo brillante de todo lo que el genio del hombre ha producido...; pero *no es más que esto*, y esto puede ser destruído por un incendio, ó derribado por un terremoto; y la humanidad, aunque por lo pronto se detuviese asustada, no tardaría en reanudar su marcha, y las almas sobre todo no retardarían su vuelo hacia lo que es grande y santo. París no es más grande, más rico ni más sabio que Babilonia y Nínive, que Atenas y que Roma..., y el vacío que por un instante dejó la desaparición de estas ciudades no tardó en llenarse, como el vacío que deja en el mar la gota de agua que mi mano toma de él.

Una Misa es Dios viniendo á la tierra con las manos llenas de gracias, y obligándose, por decirlo así, á derramarlas. Es Jesucristo renovando el sacrificio del Calvario; y vol-

viendo cada vez á decir á su Padre en nuestro favor: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»; y cada vez derramando de nuevo su sangre para merecernos el cielo.

No; París no vale una Misa, porque una Misa puede hacer que París sea perdonado, que á Francia entera le sean perdonadas sus impiedades: una Misa puede salvar al mundo.

—❦—

No digáis, pues, ni por chiste: «Una Misa más ó menos, ¿qué importa?»

¡Una Misa más! ¡Oh! Sí importa mucho al mundo entero que se diga. Mucho importa á vosotros mismos oírla ó hacerla celebrar.

Una Misa más es Jesucristo, que extiende sus brazos sobre el mundo para protegerlo y detener la justicia de su Padre, dispuesta á herirlo. Si el mundo no ha sido aniquilado, lo debe á esa Misa que día y noche, sin interrupción, se celebra en el universo entero.

Una Misa más es un nuevo torrente de bendiciones y de gracias que se escapa de Dios Padre, en vista de la sangre de su Hijo,

para fecundar nuestros débiles deseos de conversión; para llevar á su madurez nuestros proyectos de perfección; para multiplicar las almas puras y castas, los hombres generosos y magnánimos, los verdaderos y sólidos cristianos.

Una Misa menos es un santo, quizá muchos santos menos en el Cielo; es un pecador menos arrancado á los lazos del pecado; un alma menos aliviada ó absolutamente liberada de las llamas del Purgatorio, y esta alma puede ser la de vuestro padre, de vuestra madre, de vuestra hermana, de vuestro mejor amigo.

Una Misa menos es la Iglesia de Jesucristo privada de poderosos socorros de que tiene necesidad; es el mundo entero privado de una gracia de protección y de conservación:

Un sacerdote enfermo recibía de su médico la orden de no rezar el Oficio divino.

—¿Pero podré celebrar la santa Misa?—repuso él.

—¡Oh!, Si si,—respondió con viveza el cris-

tiano doctor.—Aunque se retrasara la curación de Ud. ¿Tenemos tanta necesidad de ella!

Jamás digáis: «Una Misa más ó menos, ¿qué importa?»

—o—

«Si no tuvieseis,— escribe monseñor Segur,— sino media hora que consagrar á la oración y al servicio de Dios, nada más útil podriais hacer para la gloria de Nuestro Señor, para la salud de vuestra alma y para el bien general de la Iglesia, que oír piadosamente la Misa.»

«Oyendo una sola Misa,— dice San Bernardo,— se puede merecer más que dando su fortuna á los pobres.»—«Yo más quisiera perder el mundo entero si lo tuviese,— decía un alma piadosa,— que perder una sola Misa; no hacer caso de una Misa es despreciar la sangre de Jesucristo, y esta sangre puede purificar mi alma y comprarme el Cielo.»

V

Incansable é imperturbable.

Hay en las almas verdaderamente santas dos cualidades que sólo son suyas, y que las otras almas admiran sin poder jamás imitarlas.

Son incansables é imperturbables.

Las palabras son bastante impropias, pero no podrían ser de otro modo, porque lo que expresan no es de la tierra.

Las almas santas, unidas estrechamente á Dios, participan de la naturaleza divina; pues bien: Dios, infinitamente bueno, está siempre dispuesto á recibirnos; es soberanamente *incansable*.—Dios, infinitamente grande, vive siempre en la calma y en la paz: es soberanamente *imperturbable*.

Estas dos cualidades forman una especie de *termómetro de la santidad*. Se dice que hace más ó menos calor en la atmósfera, según que el mercurio se acerca más ó menos á

un punto señalado; hay más ó menos santidad en una alma según que ella sea más ó menos incansable é imperturbable.

VI

¿Y no contáis para nada con el buen Dios?

De Emilio Souvestre, el narrador bretón, tomamos la página siguiente, que responde maravillosamente á la divisa de las ARENITAS: «Sembremos buenos pensamientos, y recogeremos buenas acciones.»

Y tal vez más de un lector, después de haberla leído, oirá alguna vez la voz cascada de la pobre mujer de que aquí se trata murmurar á su alma: ¿Y no contáis para nada con el buen Dios? Y recobrará su valor.

—•—

En una ocasión vi á una anciana que agotaba sus fuerzas en empujar ante sí á un carrito.

Las desigualdades del camino hacían su empeño muy laborioso; caminaba lenta-

mente, se detenía á cada minuto en busca de fuerzas, y después se duplicaba su valor.

Me conmoví, y el recuerdo de mi madre se presentó á mi espíritu; alcancé á la anciana, que acababa de detenerse.

—¡Eh! Buena vieja,—le dije sonriendo,—es mucha carga esa para Ud.

—Es verdad, hijo mío,—respondió deteniéndose y enjugando su frente, en la que el sudor se mezclaba con la escarcha.—Las fuerzas se van con la edad, mientras que el peso que hay que arrastrar es siempre el mismo; y, sin embargo, mire: Dios hace bien todo lo que hace. Jamás abandona á los pobres.

Le pregunté adónde iba de tal modo; me señaló la muralla, y quiso continuar su marcha. Yo puse entonces la mano sobre uno de los barrotes.

—Dejadme,—le dije con dulzura,—es mi camino; nada me costará hacerlo impulsando vuestro carrito.

Y sin esperar su respuesta, comencé á empujar el carrito delante de mí.

La anciana no hizo resistencia; me dió simplemente las gracias, y se puso á caminar á mi lado.

Supe entonces que venía de comprar en el mercado una provisión que iba á revender.

Hacia treinta años que vivía de este comercio, que le había proporcionado los medios para educar á sus tres hijos.

—Pero cuando los vi grandes y fuertes, me los han quitado, — me dijo la pobre mujer; — dos han muerto en la milicia, y el otro está en presidio.

—¿De manera que se encuentra Ud. sola, sin otro recurso que el ánimo?

—Y con el protector de los que no tienen otro, — añadió, — *¿no contáis para nada?* Por vieja y miserable que sea, la idea de que *el rey de todo* os mira, os juzga y os está atento á todo, os mantiene. Cuando tengo demasiada fatiga y mis piernas se niegan á sostenerme, me pongo de rodillas, le digo lo que me affige, y al levantarme me hallo con el corazón aligerado.

Sois demasiado joven para sentir esto; pero llegará un día en que comprenderéis por qué se enseña á los niños á decir: «Padre nuestro, que estás en los cielos.»

Yo no respondí, pero la luz se había hecho en mi espíritu.

Oyendo hablar á la anciana, mi corazón latía con vehemencia.

Yo la miraba cojear, veía su cabeza vacilante ya, toda ella encorvada como para recoger su paño mortuorio, y me admiraba de hallarla más fuerte que yo.

Es que el hombre tiene necesidad de un punto de apoyo más seguro que el de los hombres, y que para mantenerse sólidamente sobre ese abismo que se llama la vida, es necesaria una cuerda atada al mismo Cielo.

—*

Cuando me separé de la anciana, me dió las gracias. Pero á decir verdad, yo era el que le debía agradecimiento.

En efecto, ella había despertado ideas que dormían en el fondo de mi espíritu.

Llegué á casa preocupado con mi encuentro.

Aquella tarde, mi mujer estaba muy triste. Comimos sin hablar nada. El niño se durmió. Después nos quedamos cerca del fuego.

Llegada la hora de acostarnos, tomé la mano de mi querida esposa, y atrayéndola suavemente,

—Hace mucho tiempo, —la dije, — que llevamos nuestras penas sólo, absolutamente solos.

Me puse de rodillas. Mi mujer hizo otro tanto sin decir nada.

Comencé entonces á repetir todas las oraciones que había aprendido en mi infancia, y que después habían quedado como en depósito en un rinconcillo de mi corazón. A medida que las palabras volvían á mi memoria, me parecía hallarles un sentido que nunca había percibido. Era una lengua que por primera vez comprendía.

No puedo decir si lo mismo pasaba á mi mujer; pero bien pronto la oí llorar en silencio.

Cuando me levanté, ella me abrazó sollozando.

—Has tenido una idea salvadora, — me dijo: — ahora que me has hecho pensar en Dios, siento que podría redoblar mi valor.

Y de hecho desde aquel día todo caminó mejor en casa. Nuestros corazones se habían rehabilitado. La oración de la tarde nos era una especie de reposo y nos enternecía.

—

¡Pobre anciana!

Mientras me contaba su vida, no sospechaba el bien que iba á hacerme.

Después no la he vuelto á ver, pero más de una vez la he bendecido.

VII

Cuatro palabritas.

Oración, trabajo, paciencia, sacrificio deberían ser para nosotros una especie de pastillas que convendría dejar que se liquidasen

suavemente, una después de otra, de modo que hubiera siempre una en el alma.

Remedio excelente en contra del *enfado*, *las contrariedades* y *el mal humor*.

VIII

Palabra aterradora.

¡Sí, aterradora! Y la única verdaderamente aterradora entre todas las palabras que atterrizan.

Proferida con toda su crudeza, y por una boca autorizada, á la faz de un cristiano por indiferente que sea, le derriba, le aterra, le aplasta.

Pasado el momento de terror, podrá empeñarse en sonreír; pero esa sonrisa será falsa y el terror quedará en el fondo.

He aquí una palabra en toda su rudeza: «Os condenaréis.»

Un día, el apóstol de los obreros, M. León Harmel, encontró en un vagón al dueño de

una de esas fábricas en que los trabajadores, inflexibles tratándose de su ganancia y encalecidos para el cansancio, no conocen el descanso del domingo y apenas se acuerdan del santo nombre de Dios.

El dueño era hombre de bien, y aun cristiano práctico; deploraba la conducta de sus obreros, pero les dejaba obrar... ¿Qué podía hacer él?

Harmel le conocía íntimamente y le estimaba. En medio de la conversación, en uno de esos momentos durante los cuales el alma escucha á Dios que habla, Harmel, en voz baja, pero con esa palabra fuerte y convincente del cristiano que se mira apoyado por Dios,

— Cuando Ud. se muera, ¿cree que irá al Cielo?

— ¡Oh! Sí lo espero.

— Pues no. *Usted se condenará.*

Esto era terrible, frío, punzante. El patrono quedó mudo de asombro; sus labios se contrajeron, y Harmel continuó:

— Supongamos que, teniendo que partir

para América, confío la educación de mis ocho hijos á un amigo; al fin de algunos años vuelvo, y mi primer cuidado es informarme de cómo están; me los entrega muy desarrollados y llenos de salud, pero manchados y corrompidos, como los operarios de vuestra fábrica. ¿Sabe Ud. lo que haría yo? Sacaría la pistola y levantaría la tapa de los sesos á aquel que hubiera reducido á mi familia á tal estado de podredumbre, y no habría en Francia un Jurado capaz de condenarme.

¿Y quiere Ud. que el Padre celestial, que ama á sus hijos mucho más de lo que yo amo á los míos, y que tanto desea su salvación y se los ha confiado á Ud., *no condene á Ud.* cuando se los devuelva en ese estado?

No; no hay palabra más lógica, ni más terrible que ésa.

Angel del hogar en que, bajo la guarda de una madre que se cree cristiana porque observa á su manera algunos mandamientos de Dios y de la Iglesia, son educados en me-

dio de una atmósfera relajada, muelle y sensual, hijos que Dios le había dado para hacer de ellos *unos santos*, y en cuyos intereses espirituales apenas piensa, ángel de ese hogar, decid á esa madre: *Te condenarás.*

Angel custodio de ese hombre que vive tranquilo porque es honrado en sus negocios, porque el honor del mundo le circunda con su aureola, pero que deja su interior vacío de toda práctica religiosa, no ocupándose de si su esposa sirve á Dios y sus hijos viven cristianamente, y que cree haber hecho todo su deber cuando ha doblado su fortuna y asegurado hermoso porvenir á su familia, decidle: *Te condenarás.*

A esa joven que procura economizar todo lo que puede de esos sacrificios impuestos por el Evangelio; que pretende servir á Dios y al mundo á la vez; que amalgama la santa comunión con la diversión mundana de la tarde porque no ve en ella el mal, ni en ella